

CUESTION XXIX.

Del odio.

1.º La causa y objeto del odio es el mal? — 2.º El odio es producido por el amor? — 3.º Es más fuerte que el amor? — 4.º Puede alguno tener odio á sí mismo? — 5.º Y á la verdad? — 6.º Puede odiarse algo en general?

ARTÍCULO I. — La causa y objeto del odio es el mal?

1.º Parece que el objeto y causa del odio no es el mal; porque todo lo que es, en cuanto ser, es bueno (1). Si pues el objeto del odio es el mal, síguese que no se tiene odio á cosa alguna, sino al defecto de algo: lo cual es patentemente falso.

2.º Odiar el mal es laudable; por lo cual se ha dicho en alabanza de algunos (2) (II Mach. 3, 1): *se observaban muy exactamente las leyes por la piedad del Pontífice Onías y por las razones que aborrecían la maldad*. Si pues nada se odia sino el mal, síguese que todo odio es laudable: lo cual es notoriamente falso.

3.º Una misma cosa no es á la vez buena y mala. Pero una misma cosa es á unos odiosa y amable á otros. Luego el odio no tiene solamente por objeto lo malo, sino también lo bueno.

Por el contrario: el odio es contrario al amor. Es así que el objeto de este es el bien, como se ha dicho (C. 26, a. 1). Luego el del odio es el mal.

Conclusion. *El mal es el objeto y causa del odio, como el bien lo es del amor.*

(1) Por cuanto el bien se convierte con el ente, según se dijo en la 1.ª P. (C. 5, a. 1, 2 y 3). Véase la nota 2, pág. 47 del T. 1.º

(2) De los habitantes de la ciudad santa de Jerusalén.

(3) Al apetito mismo ó intrínseca perteneciente ó inherente á él, como capaz de apercibirse por sí mismo del objeto apetecible ó aprenderlo por sí mismo, sea sensible ó ya intelectivamente. Dícese por contraposición á la no aneja al apetito

Responderémos que, derivándose el apetito natural de alguna aprensión, aunque no unida (3); en el mismo caso parecen hallarse la inclinación del apetito natural y la del apetito animal, que sigue á la aprensión adjunta, como se ha dicho (C. 26, a. 1). Pero en el apetito natural se observa claramente que, así como cada ser tiene natural conformidad ó aptitud para lo que le conviene, que es el amor natural; así para lo que es repugnante y corruptivo tiene natural repugnancia, que es el odio natural. Así también pues en el apetito animal ó intelectual el amor es cierta conformidad del apetito con lo que se aprende como conveniente; y el odio es cierta repugnancia del apetito respecto de lo que se aprende como repugnante y nocivo. Pero, así como todo lo conveniente, en cuanto tal, importa razón de bien; así todo lo repugnante, como tal, lo implica de malo: y por lo tanto, *así como el bien es el objeto del amor, así el mal es el objeto del odio* (4).

Al argumento 1.º dirémos, que el ente considerado como tal nada implica de repugnancia, sino más bien de conveniencia, porque todas las cosas convienen en el ente; pero el ente como tal ente determinado lleva en sí algo repugnante á

mismo como propia de él, y efectuada por otro.

(4) No porque es malo en sí mismo, sino en cuanto se aprende como malo, aun sin serlo acaso; pues de otro modo no podría darse ni concebirse ese odio perverso é inicuo al bien y á la verdad y en general á todo lo verdaderamente bueno en sí, de que tan deplorables ejemplos nos ofrece la impiedad en todos tiempos y con frecuencia y cinismo horripilantes á toda conciencia honrada y recta.

algun (otro) ente singular; y según esto un ente es odioso á otro, y es malo, aunque no en sí, sino por comparación con otro.

Al 2.º que, así como se conceptúa como bien lo que verdaderamente no lo es; así se aprende como mal lo que no lo es en realidad: de donde resulta que á veces ni el odio del mal ni el amor del bien son buenos.

Al 3.º que puede accidentalmente una misma cosa ser en efecto amable y odiosa á varios según el apetito natural, por ser una sola y misma cosa conveniente al uno según su naturaleza y repugnante al otro, como el calor conviene al fuego y repugna al agua; y según el apetito animal, por cuanto un mismo objeto único es aprendido por el uno como bueno y por el otro como malo.

ARTÍCULO II. — El odio es producido por el amor?

1.º Parece que el amor no es causa del odio: porque las cosas, que se dividen por oposición, son naturalmente simultáneas, como se dice en los Postpredicamentos (in cap. de *simul*). Es así que el amor y el odio, como contrarios que son, se dividen por oposición. Luego naturalmente coexisten, y por lo tanto el amor no es causa del odio.

2.º Uno de dos contrarios no es causa del otro (1). Pero el amor y el odio son contrarios. Luego etc.

3.º Lo posterior no es causa de lo anterior: y el odio es al parecer anterior al amor; puesto que el odio implica la aversión al mal, y el amor aproximación al bien. Luego el amor no es causa del odio.

Por el contrario, dice San Agustín (De civ. Dei, l. 14, c. 7 y 9) que «todas las afecciones son producidas por el amor». Luego también el odio, que es una afección del alma, es producida por el amor.

Conclusion. *Todo odio tiene por causa el amor, por cuanto solo se odia lo que*

(1) Antes bien los contrarios tienen causas también contrarias según Aristóteles (De generat. et corrupt. l. 2, t. 56).

(2) No está en contradicción con esta tesis lo que se dice (2.ª 2.ª, C. 34, a. 6, arg. Por el contrario), que el odio nace de la envidia y también (ibid. al 3.º) de la ira; pues de estos dos

contraría al amor anteriormente concebido.

Responderémos que, como se ha dicho (a. 1), el amor consiste en cierta conveniencia del que ama con lo amado; mientras que el odio consiste en cierta repugnancia ó disonancia. Débese empero considerar ántes en cualquier ser lo que le conviene que lo que le repugna; pues el motivo de ser una cosa repugnante á otra es, porque corrompe ó impide lo que es conveniente. Por lo tanto, necesariamente el amor es ántes que el odio; y ninguna cosa se aborrece, sino por ser contraria á lo que conviene á lo amado: y según esto *todo odio es producido por el amor* (2).

Al argumento 1.º dirémos, que en las cosas, que se dividen por oposición, se encuentran unas, que son naturalmente simultáneas tanto real como racionalmente, como dos especies de animal ó dos clases de color; otras son simultáneas racionalmente, pero una es en la realidad anterior á la otra y causa de esta, como se ve en las especies de los números, figuras y movimientos; y (*finalmente*) otras no son simultáneas ni real ni racionalmente, como la sustancia y el accidente; puesto que la sustancia es realmente causa del accidente, y el ente racional se atribuye ántes á la sustancia que al accidente; porque al accidente no se atribuye sino en cuanto está en la sustancia. Pero el amor y el odio son naturalmente simultáneos racional y no realmente: por lo cual nada impide que el amor sea causa del odio.

Al 2.º que el amor y el odio son contrarios, cuando se toman con relación á una misma cosa; pero, cuando tienen lugar sobre cosas contrarias, no son contrarios, sino que son consecuencia el uno del otro; pues por lo mismo que se ama una cosa se aborrece su contraria: y así el amor de una cosa es causa de que se aborrezca su contraria.

Al 3.º que en la ejecución ántes es separarse de un término (3) que acercarse al otro (4); pero en la intención sucede

movimientos proviene en efecto como de causas próximas, al paso que el amor es causa remota como radical ó originaria y la primera.

(3) Del punto de partida ó término á quo.

(4) *Ad quem*.

lo contrario, pues el separarse de un término es para acercarse al otro: y el movimiento apetitivo más pertenece á la intencion que á la ejecucion; y por esto el amor es ántes que el odio, puesto que uno y otro son movimiento apetitivo.

ARTÍCULO III.— El odio es más fuerte que el amor?

1.º Parece que el odio es más fuerte que el amor; porque dice San Agustín (Qq. l. 83, q. 36): «nadie hay, que no huya más del dolor que apetezca el deleite». Pero el huir del dolor pertenece al odio; mientras que el apetito del deleite pertenece al amor. Luego el odio es más fuerte que el amor.

2.º Lo más débil es vencido por lo más fuerte; y el amor es vencido por el odio, cuando aquel se convierte en este: luego el odio es más fuerte que el amor.

3.º La afeccion del alma se manifiesta por su efecto. Pero más fuertemente insiste el hombre en rechazar lo odioso que en proseguir lo amado; á la manera que también las bestias se abstienen de las cosas deleitables á causa del castigo, como observa San Agustín (Qq. l. 83, *ibid.*). Luego el odio es más fuerte que el amor.

Por el contrario: el bien es más fuerte que el mal, por cuanto «el mal no obra sino en virtud del bien», como dice San Dionisio (De div. nom. c. 4, lect. 16 y sig.). Es así que el odio y el amor difieren segun la diferencia del bien y del mal. Luego el amor es más fuerte que el odio.

Conclusion. *El amor es más fuerte y poderoso que el odio [1] hablando en absoluto; aunque alguna vez [2] accidentalmente parezca ser más fuerte este que aquel, ó sentirse más intensamente.*

Responderémos, que es imposible que el efecto sea más fuerte que su causa; y, como el odio procede de algun amor como de su causa, segun se ha dicho (a. 2), es imposible que el odio sea más fuerte que el amor absolutamente. Además es nece-

(1) Al ménos en cuanto á la impresion ó escitacion producida por el odio en la sensibilidad, ó segun que redunde en ella afectándola con mayor vehemencia.

(2) Habitual ó (como hoy decimos) crónica, esto es, persistente y tenaz, de modo que paulatinamente pero de una manera sensible y progresiva consume y desorganiza el cuerpo, qual se observa en los estragos de la tisis pulmonar.

sario que el amor, absolutamente hablando, sea más fuerte que el odio; porque una cosa es movida más fuertemente al fin que á los medios conducentes á él. Por consiguiente, hablando en absoluto, es más fuerte el movimiento del alma hácia el bien que hácia el mal. Sin embargo algunas veces parece el odio más fuerte que el amor (1) por dos razones: 1.ª porque el odio es más sensible que el amor; pues, basándose la percepcion del sentido en cierta inmutacion, no se siente tan vivamente esta alteracion cuando está ya consumada, como en el momento mismo de espermentarse; y hé aquí porqué el calor de una fiebre ética (2), aunque es mayor, sin embargo no se siente tanto como el calor de la terciána (3), porque el de la primera ha creado ya (por decirlo así) hábito y se ha connaturalizado (*con el paciente*). Por este mismo motivo también el amor se siente más en la ausencia del amado, como lo dice San Agustín (De Trinit. l. 10, c. 12) que «el amor no se siente tanto, cuando no va acompañado de la necesidad»; y por la propia razon la repugnancia de lo que se odia se percibe más sensiblemente que la conveniencia de lo que se ama. 2.ª Porque no se compara el odio al amor, que le corresponde; pues segun la diversidad de bienes es la diversidad de los amores en magnitud y paridad, á las que se proporcionan los odios opuestos: así es que el odio, que corresponde á mayor amor, escita más que el menor.

Esto hace evidente la contestacion al argumento 1.º: porque el amor del placer es menor que el amor de la propia conservacion (4), al que corresponde la fuga del dolor; y por lo tanto más se huye del sufrimiento que se ama el deleite.

Al 2.º que el odio nunca vencería al amor, si no fuera á causa de (otro) mayor amor, al que corresponde el odio: de esta manera el hombre ama más á sí mismo que al amigo; y, porque se ama,

(3) Intermitente, ó periódica, mas no continua, á diferencia de la crónica.

(4) Por más que los suicidas en su desnaturalizada perversion de las idéas y sentimientos prefieran dejar de existir á vivir sin placeres ó con padecimientos y disgustos, áun prescindiendo de la creencia en la otra vida futura.

odia áun al amigo, si este le contraría.

Al 3.º que el hombre obra más enérgicamente, para rechazar lo odioso, porque el odio es más sensible (1).

ARTÍCULO IV.— Puede alguno odiarse á sí mismo?

1.º Parece que puede uno odiarse á sí mismo; porque se dice (Ps. 10, 6): *el que ama la iniquidad, odia á su alma*, y muchos aman la iniquidad: luego muchos se odian á sí mismos.

2.º Odiamos á aquel, á quien queremos y le hacemos mal. Es así que algunas veces uno quiere y obra para sí mismo el mal; por ejemplo, los que se suicidan. Luego algunos se odian á sí mismos.

3.º Boecio dice (De consol. l. 2, prosa 5) que «la avaricia hace á los hombres odiosos»; por lo cual puede comprenderse que todo hombre aborrece al avaro. Es así que algunos son avaros. Luego se aborrecen á sí mismos.

Por el contrario, dice el Apóstol (Ephes. 5, 20) que *nadie aborreció jamás su carne*.

Conclusion. *Es imposible [1] que nadie se aborrezca á sí mismo, absolutamente hablando; aunque [2] si eventual ó circunstancialmente.*

Responderémos, que es imposible que alguno, absolutamente hablando, se odie á sí mismo: porque todo ser apetece naturalmente el bien, y nada puede apeteerse sino como bueno; pues «el mal» es extraño á la voluntad», como dice San Dionisio (De div. nom. c. 4, lect. 22). Pero amar á uno es quererle el bien, como se ha dicho (C. 26, a. 4): por consiguiente es necesario que uno se ame á sí mismo; y es imposible que uno se odie á sí mismo, absolutamente hablando. Sin embargo sucede per accidens que alguno se odia á sí mismo, y esto de dos maneras: 1.ª por relacion al bien, que uno quiere para sí; pues á veces lo que se apetece como bueno, es absolutamente malo; y segun esto quiere

(1) Véase la nota 1, pág. 204.

(2) Como Lucrecia se dió la muerte, por no sobrevivir á su deshonra; Catón de Utica, por sustraerse al furor de César; y Cleombrot en la ilusoria expectativa de mejor y más cómoda ó agradable vida. El suicidio es pues el más insignificante acto de cobardía y pusilanimidad, al propio tiempo que el

uno per accidens para sí el mal, lo cual es odiar; 2.ª por parte de sí mismo, á quien quiere el bien; porque cada cosa es ante todo lo más principal de ella, y de aquí el decirse que una ciudad hace lo que hace el rey, como si el rey fuera la ciudad toda entera. Luego es evidente que el hombre es sobre todo espíritu de hombre. Algunos sin embargo creen ser principalmente lo que son segun la naturaleza corporal y sensitiva: y por eso se aman segun lo que creen que son; pero aborrecen lo que verdaderamente son, queriendo cosas contrarias á la razon. De una y otra manera pues el que ama la iniquidad, odia no solamente su alma, sino también á sí mismo.

Es ya obvia con lo dicho la contestacion al argumento 1.º

Al 2.º dirémos, que nadie quiere y hace para sí el mal, sino reputándolo como un bien; pues los que se suicidan, consideran bueno el morir, como término de alguna miseria ó dolor (2).

Al 3.º que el avaro, aunque odia algun accidente suyo, no por eso se odia á sí mismo; á la manera que el enfermo odia su enfermedad, por lo mismo que se ama: ó bien, que la avaricia lo hace odioso á los demas, y no á sí mismo; ántes bien (*este vicio*) proviene del amor desordenado de sí mismo, segun el cual uno codicia para sí más de lo que debe los bienes temporales.

ARTÍCULO V.— Puede alguno odiar la verdad?

1.º Parece que nadie puede odiar la verdad: porque lo bueno y el ente y lo verdadero se convierten (3): y, no siendo posible que alguien odie la bondad; tampoco (*puede odiarse*) la verdad.

2.º «Todos los hombres desean naturalmente saber», como dice Aristóteles (Met. l. 1, c. 1). Pero la ciencia no tiene otro objeto que las cosas verdaderas. Luego la verdad es deseada y amada naturalmente; y en su consecuencia nadie puede odiar la verdad.

ménos coonestable desprecio de Dios y de sí mismo, usurpacion monstruosa de los derechos de la humanidad social y testimonio auténtico de incredulidad y de ánimo abyecto y vil.

(3) Lógicamente hablando, segun lo espuesto y ya repetidas veces citado en la nota 2, pág. 47, del T. 1.º

3.º Dice el Filósofo (Rhet. l. 2, c. 4) que « los hombres aman á los que no simulan »; y los aman solo á causa de la verdad. Luego el hombre ama naturalmente la verdad; y de consiguiente no la odia.

Por el contrario, dice San Pablo (Galat. 4, 16): *¿ Me he hecho pues enemigo vuestro, por deciros la verdad?*

Conclusion. *La verdad en general [1], como asimismo el ente, no puede ser odiada en absoluto; si empero [2] en particular tal ó cual verdad bajo el aspecto de contraria ó repugnante al bien amado.*

Responderémos, que el bien y lo verdadero y el ente son en realidad una misma cosa, aunque difieren racionalmente; porque el bien es por sí apetecible, y no lo son de suyo el ente ó lo verdadero, puesto que el bien es « lo que todos los seres apetecen ». Por eso el bien, considerado como tal, no puede ser odiado ni en general ni en particular; al paso que el ente y lo verdadero no pueden ciertamente ser odiados en general, puesto que la disonancia es causa del odio y la conveniencia causa del amor, y el ente y lo verdadero son comunes á todos (1): *en particular empero nada impide que se odie al ente y determinada verdad en su concepto de contrario y repugnante; pues la contrariedad y la repugnancia no se oponen á la razon de ente y de verdadero, como sí se oponen á la del bien. Sucede no obstante que una cosa particular verdadera repugna ó contraría de tres maneras al bien amado: 1.ª segun que la verdad existe, causal y originariamente en las mismas cosas; y en este sentido el hombre á veces odia alguna verdad, queriendo que no sea verdadero lo que lo es; 2.ª tal como la verdad existe en el conocimiento del mismo hombre, lo cual le impide la prosecucion del objeto amado; como si algunos quisieran no conocer la verdad de la fe, para pecar libremente, en cuya representacion se dice (Job; 21, 14): no queremos la ciencia de tus caminos; 3.ª se odia la verdad particular como repugnante, segun que existe en el entendimiento de otro: por ejemplo, cuando uno quiere permanecer en el pecado, odia que otro*

(1) Los seres, que todos en efecto (en cuanto seres) son entes y verdaderos, como asimismo buenos.

conozca la verdad de su pecado, y segun esto dice San Agustin (Confess. l. 10, c. 23) que « los hombres aman la verdad » que les ilumina, y aborrecen la que les « acrimina ».

Con lo espuesto es evidente la solucion al argumento 1.º

Al 2.º dirémos, que el conocer la verdad en sí misma es amable; por lo cual dice San Agustin (ibid.) que « los hombres aman la verdad esplendente ». Mas puede ser *per accidens* odioso su conocimiento, en cuanto impide gozar de algo que se deséa.

Al 3.º que el amor á los que no fingen proviene de que el hombre ama conocer la verdad por sí misma, tal como la manifiestan los que no son disimulados.

ARTÍCULO VI.— Puede tenerse odio á alguna cosa en general? (2)

1.º Parece que no puede tenerse odio á alguna cosa en general; porque el odio es pasion del apetito sensitivo, que es movido por la aprension del sensible. Pero el sentido no puede aprender lo universal. Luego no puede haber odio de alguna cosa en general.

2.º El odio es producido por alguna disonancia, que repugna á la comunidad; y esta pertenece á la razon de lo universal. Luego el odio no puede existir respecto de alguna cosa en comun.

3.º El objeto del odio es el mal; y este se encuentra en las cosas, y no en la mente, como se dice (Met. l. 6, t. 8). Luego, como lo universal está solo en la mente, que lo abstráe de lo particular; parece que no puede haber odio á una cosa en general.

Por el contrario, dice el Filósofo (Rhet. l. 2, c. 4) que « la ira tiene siempre » lugar entre cosas singulares, pero el » odio alcanza aún á los géneros; pues » cada cual odia al ladron y al calumniador ».

Conclusion. *El odio de la parte sensitiva [1] puede recaer sobre algun objeto en general, mas no sobre lo universal; pero, en cuanto está en la intelectual [2], puede extenderse aún á lo universal.*

Responderémos, que puede hablarse

(2) La distincion establecida en la *Conclusion* aclara perfectamente el sentido de la tésis.

de lo universal de dos modos: 1.º como incluido en la intencion de la universalidad; 2.º respecto de la naturaleza, á que se atribuye la tal intencion; porque la idéa comun de hombre es diversa de la de (tal) hombre individual. Si pues lo universal se considera del primer modo; ninguna potencia de la parte sensitiva, ni aprensiva ni apetitiva, puede alcanzar á lo universal, que se obtiene por la abstraccion de la materia individual, en la que radica toda virtud sensitiva. *Puede empero alguna potencia sensitiva, sea aprensiva ó apetitiva, actuar sobre algo universalmente; á la manera que decimos que el objeto de la vista es el color en general, no porque la vista conoce el color universal, sino porque el ser el color cognoscible por la vista no le conviene en cuanto es este color, y sí en cuanto es color en absoluto. Así pues tambien el odio de la parte sensitiva puede tener por objeto alguna cosa en general, por cuanto al animal segun su naturaleza comun repugna algo, que no le es adverso en su concepto estricto de particular; como (repugna) el lobo á la oveja, por lo cual esta odia al lobo en general (1). Pero la ira es producida siempre por al-*

guna cosa particular, por cuanto hiere con algun acto, y los actos son propios de (seres) particulares; por cuya razon dice el Filósofo (Rhet. l. 2, c. 4): « la » ira siempre se refiere á algo particular, » y el odio puede tener por objeto alguna » cosa general ». *En cuanto al odio, que reside en la parte intelectual, como consecuencia que es de la aprension universal del entendimiento, puede referirse de ambos modos á lo universal.*

Al argumento 1.º dirémos, que el sentido no aprende lo universal como tal en sí mismo; pero sí aprende algo, que por la abstraccion y accidentalmente se universaliza.

Al 2.º que lo que es comun á todos no puede ser razon de odio; mas nada impide que sea comun á muchos algo, que sin embargo disuena respecto de otros, á los que por lo mismo es odioso.

Al 3.º que aquella objecion procede de lo universal, segun que es incluido en la intencion de la universalidad; pues en este concepto no cae bajo la aprension ó el apetito sensitivo.

(1) A todos los lobos, y no solo á este ó aquel lobo singular.